

DIVIDIDOS POR LA GUERRA. UNIDOS POR EL AMOR

WILBUR SMITH

REY DE REYES

CON IMOGEN ROBERTSON



emecé grandes novelistas

Wilbur Smith
e Imogen Robertson

Rey de reyes

Traducción de Julio Sierra



emecé
grandes novelistas

PRIMERA PARTE

Enero de 1887

Amber Benbrook quedó encandilada por un momento al salir de la fresca sombra del Club Gheziera al sol de El Cairo. Perdió el equilibrio en los escalones angostos que conducían al sendero de grava y, por instinto, tomó el brazo de su prometido, el mayor Penrod Ballantyne. Este la sostuvo y la miró con cariño a los hermosos ojos. Ella le devolvió esa mirada con una sonrisa.

—Creo que aún no me acostumbro a estas botas nuevas, Penny. La empleada del negocio me dijo que eran la última moda, y son sumamente caras, pero parece que en realidad no están hechas para caminar. —Suspiró y sacó un pie por debajo de los largos pliegues de su falda a rayas, a la vez que movía un poco el tobillo para examinar sus pulcras botitas de gamuza con delicados tacones bajos y elaborados cierres de ganchos, ojales y cintas. —En el harén andaba descalza casi todo el tiempo.

Penrod apretó la mandíbula. El capitán Burnett y el teniente Butcher, de los guardias de Coldstream al servicio de Su Majestad, estaban de pie detrás de ellos, en la sombra del pórtico. Seguramente escucharon las palabras de Amber, y su comentario sobre el harén se habría difundido por todo el club antes de la cena.

Penrod admiraba a Amber, e incluso la amaba, pero tendría que explicarle de nuevo que la prometida de un oficial superior no debía hablar de ciertas cosas en público, y el tiempo que pasó viviendo en el harén de Osman Atalan, uno de los mayores enemigos del Imperio británico, era sin duda una de ellas.

En los quince días pasados desde su compromiso, Penrod había descubierto que estar ligado a una jovencita tan famosa tenía tantos inconvenientes como placeres. Amber era, en muchos sentidos. Una piedra preciosa de primera calidad. Era hermosa, asombrosamente bella. Su antigua niñera en Sudán la llamaba al-Zahra, la Flor, y ese apodo le sentaba muy bien. A los dieciséis años, su figura era juvenil, delgada y a la vez femenina, y aunque había vivido la mayor parte de su vida en África, su piel era del color de la crema. Tenía el pelo rubio y los ojos azules de un ángel en una postal navideña. También poseía un encanto inocente, era inteligente sin ser obstinada y cordial sin ser atrevida. Hasta aquí, ella la candidata ideal para un hombre como Penrod, un ambicioso oficial ya condecorado por su valentía que, sin embargo, tenía la tendencia a chocar con sus superiores de vez en cuando y un temperamento que no siempre podía controlar. Una esposa tan encantadora y amable sería una ventaja política perfecta que podía ayudarlo en su ascenso como oficial hasta el alto mando.

Pero no era solo la belleza de Amber lo que la hacía famosa. Su historia también la convertía en objeto de fascinación. Ella era uno de los pocos sobrevivientes del sitio de Jartum, esa terrible mancha para el orgullo imperial británico. Durante diez meses, el general Gordon, héroe de las campañas británicas en China, había defendido la ciudad de los guerreros rebeldes de Sudán. A su líder espiritual, sus seguidores lo aclamaban como el Madhi, el Profeta renacido, pero los horrorizados periodistas de los diarios británicos lo llamaban el «Loco Mahdi». Mientras los miembros del Parlamento en Westminster y los principales columnistas de la prensa londinense exigían que se salvara a Gordon, los ministros del gobierno dudaban y la ciudad quedó librada a su suerte hasta morir de hambre. Penrod fue el único oficial de inteligencia que pudo atravesar las líneas enemigas y llevar los mensajes y las órdenes de su gobierno a Gordon y al cónsul británico en la ciudad, David Benbrook. Fue entonces cuando Penrod conoció a las hermosas niñas Benbrook. La mayor, Rebecca, que actuaba como anfitriona en la empobrecida mesa de su padre, y las hermanas gemelas, Amber y Saffron, que pasaban la mayor parte

del tiempo moliendo algas de río para alimentar al pueblo. Penrod había luchado en las murallas de la ciudad para defenderla de los repetidos asaltos de los guerreros del Mahdi y, luego, condujo a las tropas del gobierno por el desierto traicionero a fin de levantar el asedio, pero el alivio llegó demasiado tarde. Antes de que las fuerzas británicas pudieran llegar a Jartum, los derviches lanzaron un ataque final desde el otro lado del río. En medio del aturdimiento por el hambre y la fiebre, Amber Benbrook vio cómo mataban a Gordon y decapitaban a su propio padre en la calle mientras trataba de llevar a su familia a un sitio seguro.

La gemela de Amber, Saffron, había escapado con un comerciante que había quedado atrapado en el asedio, un hombre llamado Ryder Courtney, con quien luego se casó, pero Amber y su hermana mayor, Rebecca, fueron tomadas como botín de guerra. Primero las retuvo el propio Mahdi y, luego, su más poderoso señor de la guerra, Osman Atalan. Penrod se negó a abandonar a las hermanas, aunque lo traicionaron cuando se infiltró en el campamento de Osman, y luego lo hicieron esclavo de Osman y lo torturaron durante muchos meses.

Rebecca decidió convertirse en la concubina favorita de Osman y lo convenció de que Amber aún era demasiado joven para su cama. En cambio, ella se convirtió en su amante para satisfacer sus apetitos. Por un tiempo, pareció que las habían olvidado, pero Saffron y Ryder Courtney y los amigos árabes de Penrod organizaron un osado rescate por el río, justo cuando la belleza en desarrollo de Amber comenzaba a llamar la atención de Osman. Rebecca, por su parte, se negó a huir. Estaba embarazada. Segura de que sería un varón, ella decidió criarlo bajo la protección de Osman, su padre musulmán, en lugar de exponerlo al desprecio de su propia gente por ser mestizo.

Amber pasó las semanas posteriores a su rescate escribiendo todo lo que podía recordar sobre lo que había sucedido, y descubrió que tenía talento para escribir relatos. El resultado, el libro *Esclavas del Mahdi*, se convirtió en un éxito internacional. Todo el mundo lo leyó, desde el primer ministro de Gran Bretaña hasta el último empleado, el más incompetente, peor pagado, más manchado de tinta al servicio

del gobierno en El Cairo. Amber viajó a Inglaterra para la publicación, pero no podía estar lejos de África por mucho tiempo. Regresó a El Cairo y a Penrod a tiempo para su decimosexto cumpleaños, y lo celebró en el Hotel Shepherd con su gemela. El compromiso de Penrod y Amber parecía un final apropiado para el cuento de hadas.

Al principio, la sociedad de El Cairo le había dado la bienvenida a Amber, pero Penrod era cada vez más consciente de que su prometida no actuaba como debía hacerlo una joven inglesa, y, por ello, estaba provocando algunos comentarios. No temblaba ni se desmayaba ante alguna mención de Jartum, contaba con entusiasmo que le había disparado a un cocodrilo o a un kudú, y en lugar de negarse a hablar del terrible destino de su hermana mayor, Amber decía abiertamente que lamentaba mucho no conocer a su sobrino y que esperaba que su hermana mayor, Rebecca, fuera feliz con sus amigas en el harén. Y agregaba que era seguro que el bebé era mucho más bonito que la mayoría, ya que Rebecca era bella y Osman Atalan, muy guapo. Todas las madres blancas en El Cairo se sentían profundamente insultadas por sus comentarios. Esos comentarios sobre su comportamiento, susurrados por toda la ciudad, angustiaban y avergonzaban a Penrod. Si Amber no aprendía a seguir los códigos no escritos del club y del ejército, ella bien podría no ser tan valiosa para su carrera como él esperaba. También tenía en cuenta la poco feliz relación con Ryder Courtney. Penrod era el hijo menor de un barón y contaba con un importante ingreso privado proveniente del fideicomiso familiar, además de su sueldo como militar. Se había educado en Harrow y descubrió su talento para los idiomas viajando por Europa antes de incorporarse al ejército. Era un oficial y un caballero, nacido para mandar y leal a la reina y al Imperio. Courtney era un comerciante, un hombre hecho desde abajo que había luchado por cada centavo que poseía y despreciaba abiertamente todas las formalidades militares. Por cierto, había luchado contra los derviches con gran valentía personal y fue una pieza clave en aquel rescate de las manos de Osman Atalan, pero Penrod hubiera preferido que la hermana de su prometida se hubiera casado con un guardabosques.

Mientras Amber examinaba su bota, Penrod levantó la vista y vio que lady Agatha Woodforde los observaba desde el balcón superior, con una leve sonrisa en los labios. Sintió un tirón en las entrañas. Ella cruzó la mirada con la de él e hizo una ligera mueca de desdén. En seguida, Penrod se encontró recordando el cuerpo desnudo de Agatha en un nudo de finas sábanas de algodón en su habitación en el Hotel Shepheard. Pero apartó esa imagen de su mente. Por ahora, al menos, iba a ser fiel a su joven y bastante difícil prometida.

—¡Ballantyne! ¡Cuidado con los bolsillos!

Era el grito de uno de los oficiales, que todavía sonreía por el comentario de Amber sobre el harén. Penrod se dio vuelta y miró fijo a la cara de un niño de piel oscura de unos diez años. El chico ya tenía la mano delgada en el bolsillo de la chaqueta de Penrod. Se alejó dando unos breves saltos cuando Penrod intentó agarrarlo y abrió el puño para mostrar el reloj de bolsillo de media saboneta de oro de 18 quilates en la palma de la mano, luego dio media vuelta y echó a correr. Los conductores y sirvientes que estaban amontonados frente al club se abalanzaron sobre él, pero el muchacho se agachó y se retorció, deslizándose entre sus manos como una anguila. Penrod miró a Amber.

—No te preocupes por mí, Penny —le dijo Amber y apartó el brazo—. Y ve a recuperar tu reloj.

Penrod le guiñó un ojo y luego se echó a correr en busca del joven ladronzuelo.

Amber lo vio alejarse y sintió que se ruborizaba. Era tan guapo; verlo hizo que se le secara la boca y se le acelerara el corazón de una manera que era a la vez deliciosa y turbadora. Aunque la sutil maniobra de su hermana logró que Amber saliera del harén intacta, había oído lo suficiente mientras vivía allí como para saber lo que podía esperar en su noche de bodas. Solo pensar en hacer tales cosas con su amado Penrod la asustaba y, a la vez, la ponía ansiosa por casarse lo antes posible.

—¿Señorita Benbrook? —El capitán Burnett se dirigió a ella desde la sombra del pórtico. —Tal vez pueda serle de ayuda. ¿Quiere un carruaje para regresar a su hotel?

Ella parpadeó al mirarlo.

—¿Por qué podría necesitar su ayuda, y para qué? Hablo árabe mucho mejor que usted.

Detrás de ella, en las sombras del vestíbulo de entrada, Amber escuchó una sonora risa femenina. Se dio vuelta y vio a una mujer rubia bastante hermosa que caminaba hacia ellos atravesando el suelo ajedrezado blanco y negro del vestíbulo con la gracia ligera y animal de un gato. Amber creyó reconocerla, pero sabía que nunca habían sido presentadas.

—¡Eso sí que lo pone a usted en su lugar, Burnett! —dijo la mujer a la vez que le tendía la mano a Amber—. Querida, soy lady Agatha Woodforde y estoy *tan* encantada de conocerla. Como usted sabe, soy una vieja amiga del mayor Ballantyne. Permítame invitarla a tomar un té mientras él se ocupa de perseguir criminales.

Amber pensó con añoranza en su suite de habitaciones en el Hotel Shephard. Quería cambiarse aquellos horribles botines.

—Quiero saberlo todo acerca de su romance, querida. —Y lady Agatha agregó con suavidad: —Y yo le contaré todos los detalles dramáticos de la carrera del mayor Ballantyne.

Amber recordó en qué ocasión la había visto. Fue cuando Amber pasó junto a un grupo de damas y caballeros en los jardines del club, sintió su mirada sobre ella y luego escuchó una carcajada precisamente después de su paso. Eso la puso incómoda, se sintió expuesta. Se dio vuelta más de una vez y vio a lady Agatha en el centro del grupo, observándola. Aunque ahora parecía bastante amistosa.

—¡Venga conmigo! Y es una lástima que Penrod tuviera que correr dejándola así solo por un reloj de bolsillo.

—Yo le regalé ese reloj —dijo Amber con simpleza—. Está grabado.

Lady Agatha volvió a reír, mostrando los dientes blancos y parejos.

—¡Eso lo explica! Tenía que ir, por supuesto, si *usted* se lo regaló.

Sonrió y le tocó la manga a Amber. Era demasiado tentador. Amber nunca se cansaba de hablar de Penrod, y hasta Saffron, que era una hermana indulgente la mayor parte del tiempo, ponía los ojos

en blanco cuando Amber empezaba a hablar de él y de sus planes de boda. Una sospecha cruzó por la mente de Amber, y miró a Agatha con los ojos entrecerrados. Era hermosa, pero era bastante vieja, calculó Amber. Debía tener al menos veinticinco años. Tranquilizada, le dio la mano a lady Agatha y permitió que ella la llevara.

* * *

El chico pronto le sacó bastante ventaja, pero Penrod notó que no ponía demasiado esfuerzo en su escape. Penrod se sintió casi insultado. Mientras atravesaban el puente y corrían hacia la ciudad, esquivando a los aguateros vestidos con sus *galabiyas* celestes y los odres hinchados sobre los hombros, y a los carruajes de los europeos que iban al club, a la oficina y a sus casas, el chico se detuvo y miró hacia atrás, y cuando vio que Penrod seguía persiguiéndolo a toda velocidad, sonrió antes de seguir corriendo de nuevo. Tan pronto como salieron del puente, Penrod esperaba que el chico se metiera en el laberinto de callejuelas estrechas y retorcidas que formaban el barrio árabe, pero en lugar de eso continuó por el ancho bulevar principal, para pasar ante la hermosa fachada de la Casa de la Ópera y los jardines Esbekeeyah. El niño se movió casi danzando entre los grupos de abisinios y de turcos, y de turistas europeos que se balanceaban torpemente en burros pacientes, de albanos con sus fajas multicolores y de los orgullosos y distantes beduinos.

—¿A qué estás jugando, muchacho? —se preguntó Penrod en voz alta y aumentó su velocidad. El niño fue insultado en una docena de idiomas mientras, con un elegante movimiento, saltaba un seto de boj ornamental como un caballo campeón de equitación y atravesaba el césped y luego saltaba de nuevo a la calzada, se agachaba por debajo del hocico de un camello ofendido y se dirigía a las estrechas sombras de los edificios de enfrente. Penrod aspiró el aire caliente y perfumado de especias de la ciudad más profundamente, hasta llenar los pulmones, y sintió que el sudor le picaba debajo del cuello de la camisa. El placer de la persecución le había encendido la sangre, y aceleró el paso.

El chico miró hacia atrás por encima del hombro. La carita mostró sorpresa y preocupación cuando se dio cuenta de que Penrod lo estaba alcanzando. Dejó caer la cabeza, levantó las rodillas y aceleró la marcha para luego girar de repente a la derecha hacia el bazar de la seda. Penrod dejó escapar una maldición y se obligó a ir más rápido, pues sabía que el laberinto de callejones retorcidos sería un escondite perfecto para el ladrón. No debía perderlo de vista ni por un segundo; el reloj tenía un valor especial para él. Cuando la calle se hizo más estrecha, dos hombres, que llevaban una gran jaula de mimbre llena de pavos vivos y colgada de un palo que sostenían entre ambos, comenzaron a cruzarse delante del chico que corría. Este se agachó y se deslizó sobre los talones de sus sandalias de cuero por debajo de la jaula que se balanceaba. Perplejos, los dos hombres dejaron su carga para mirarlo. Penrod gritó una advertencia mientras saltaba por encima de la jaula, tocó con la mano el suelo polvoriento cuando aterrizó, para luego dar otro salto y seguir corriendo tras el chico.

Se lanzaron veloces por delante de la larga fila de tiendas minúsculas, llenas de tejidos de seda en oro y púrpura allí colgados, mientras los tenderos rápidamente sacaban sus mercaderías fuera del camino de aquellos dos que corrían. Penrod se le iba acercando al muchacho cuando este giró bruscamente a la derecha, hacia un patio estrecho, y un repentino rayo de luz le dio a Penrod como un golpe después de la sombra profunda del bazar principal. El muchacho se agarró de la fuente central y usó su impulso para dar la vuelta y girar a la izquierda. El cambio de dirección casi le dio resultado, pero Penrod dejó que lo guiaran sus instintos, entrenados por años de triunfar en la cancha de polo y en el campo de batalla, y se apoyó en la base de la fuente con el pie izquierdo para lanzarse de costado y seguir detrás del jovencito. El ladronzuelo comenzó a ponerse nervioso y miraba hacia atrás para comprobar el avance de su perseguidor con demasiada frecuencia. Los viejos árabes con turbantes blancos y verdes levantaron las delicadas tazas de café, protegiéndolas con sus largos dedos, y comenzaron a hacer apuestas sobre el resultado de aquella carrera. El chico volvió a mirar atrás, tropezó con las piezas de un hojalatero y esparció las

mercaderías por el suelo con gran estrépito, pero antes de que el tendero pudiera poner sus manos en los andrajos del jovencito, este ya se había levantado para seguir corriendo. Penrod se colgó de la pared derecha, se trepó por una precaria pila de finas cajas de té para evitar los objetos de metal dispersos y luego se arrojó hacia el niño como un águila que se lanza sobre un conejo. Su presa giró una vez más y pareció que, al fin, la suerte del chico se había acabado. Aquel era un callejón sin salida, un hueco entre casas lleno de basura y barriles rotos. El muchacho se precipitó a la izquierda a través de una puerta de madera medio abierta bajo un arco de piedra. Penrod lo siguió justo a tiempo para verlo subir corriendo las escaleras de piedra desde el patio hasta una puerta de cedro tachonada que conducía al interior de un edificio. Se zambulló tras él en la súbita oscuridad de la vieja construcción y siguió el sonido de los pies del chico que subía. Una mujer salió a un rellano y gritó, cubriéndose la cara mientras Penrod se precipitaba por la escalera. Los escalones se volvían más toscos e inacabados a medida que subían, niños pequeños y gatos curiosos los observaban desde puertas estrechas, hasta que, de repente, Penrod estuvo fuera, a la luz y el calor del sol de la tarde una vez más, en una azotea plana, con algunos contenedores esparcidos por allí y cuerda para tender la ropa lavada. Observó al chico por entre las sábanas de algodón que se movían y corrió una vez más sobre el rompecabezas retorcido e irregular del techo. El niño se detuvo repentinamente frente a él, moviendo con fuerza los brazos. Estaba en el borde del techo, mirando por encima del parapeto bajo que daba en fatal verticalidad otra vez a uno de los zigzagueantes callejones. Ya no tenía adónde huir. Entre el chico y el siguiente tejado había un abismo de unos dos metros y medio de ancho. Penrod sintió un momento de satisfacción, luego vio al chico dar un paso hacia atrás y agacharse.

—¡No lo hagas, muchacho! —gritó Penrod, pero el muchacho ya se había lanzado hacia adelante y estaba en el aire, agitando las extremidades.

Penrod patinó hasta detenerse en el borde del techo, preparado para la imagen horrible del cuerpito roto del chico debajo de él. Pero

no, el chico casi había saltado el vacío. Estaba colgado de una mano de un ligero voladizo en el techo opuesto. Pero no había balcón ni toldo debajo de él para amortiguar la caída, ni un lugar para que sus pies golpeados encontraran un apoyo. Un hombre gritó desde abajo y, de repente, las profundidades del callejón estaban llenas de caras que miraban hacia arriba. Ninguna de ellas se reía; estaban hipnotizadas por la inminencia de la muerte. Por un momento, Penrod estuvo tentado de abandonar al jovencito, dejarlo caer y tomar su reloj del cadáver. El muchacho obviamente no tenía la fuerza para levantarse de nuevo; podía ser solo una cuestión de segundos hasta que perdiera el agarre y cayera. Un poco de yeso se desmoronó debajo de la mano del chico, y este se deslizó unos centímetros, dejando escapar un ligero grito de miedo. Penrod pensó en Amber. ¿Cómo le diría que no había hecho nada para tratar de salvar a este muchacho? Podía mentir, por supuesto, pero ya estaba guardando suficientes secretos en ese momento. Lanzó un suspiro, dio media vuelta y retrocedió una docena de pasos desde el borde del techo, luego bajó los hombros y corrió. En el borde del techo, se empujó con todas sus fuerzas y velocidad. Escuchó un grito, una oración balbuceada debajo de él, y luego aterrizó con fuerza, aunque limpiamente, en el techo opuesto. El chico volvió a gritar; la sacudida del aterrizaje de Penrod lo había movido, y perdió su último y desesperado agarre. Empezó a caer, pero una mano fuerte le agarró la muñeca, y Penrod lo arrastró hasta la azotea. El niño habría tratado de correr incluso entonces, sin embargo, Penrod lo sujetó con firmeza y lo levantó tomándolo por los delgados hombros.

El muchacho se recuperó rápidamente. Mientras Penrod lo mantenía suspendido en el aire, dejó escapar un torrente de insultos y quejas en árabe. Hablaba tan bien como corría. Pero no se molestó en pronunciar palabras de agradecimiento a Penrod por su rescate; en cambio, invocó a Alá como testigo de la crueldad de los *ferengi*, los extranjeros abusadores, y luego les rogó a todos los espíritus *djinn* que estuvieran en ese momento en El Cairo que se compadecieran de él y acudieran en su ayuda para defenderlo de la monstruosa acusación de robo que era un gran insulto a su honor, el honor de sus antepasados

y el honor de la propia ciudad. Penrod sonrió al escucharlo, bajó al ladronzuelo a la mitad de aquella diatriba y, al mismo tiempo, con mano firme, evitó que escapara, se sacudió el polvo de los pantalones y se alisó el pelo con la mano libre. Entonces, cuando parecía que el jovencito nunca iba a quedarse sin aliento, le dijo, en la misma lengua:

—Vacía tus bolsillos, honorable hijo de El Cairo, o juro por el Profeta, la paz sea con él, que te volveré a poner donde te encontré, colgando del borde del techo.

El muchacho se quedó en silencio de repente. Miró a los ojos de Penrod, y todo lo que vio en ellos lo convenció de que sería mejor obedecer en lugar de discutir por más tiempo. Metió la mano en la túnica, sacó el reloj y se lo ofreció a Penrod con la palma de la mano abierta.

Penrod lo tomó y lo metió en el bolsillo, pero no soltó al chico.

—Y el resto.

Esto provocó otro gemido de protesta, pero Penrod lo levantó y lo dejó de puntillas, con la túnica apretándole la garganta, y comenzó a arrastrarlo hacia el borde del techo. El muchacho chilló, metió otra vez la mano entre los pliegues de la túnica y sacó un puñado de monedas de plata, que arrojó a los pies de Penrod. Y en el acto comenzó a llorar.

Las lágrimas de las mujeres o de los niños no tenían demasiado efecto en Penrod, aunque se sorprendió. Él esperaba que un ladrón como este tuviera una serie de pequeños artículos, como monederos o joyas, pero no un puñado de chelines ingleses recién acuñados como esos. Frunció el ceño al verlos brillar en el suelo en medio de las sombras en movimiento de las sábanas de algodón, que se secaban colgadas de las cuerdas por encima de ellos.

El chico vio que sus lágrimas no surtían efecto. Entonces resopló y empezó a hablar de nuevo. Esta vez habló de su pobreza, de la enfermedad de su madre, de cómo él trataba de mantenerla y se ofrecía a ser guía de un honorable *effendi* como él por todo El Cairo. Por supuesto, se daba cuenta de que Penrod no era un turista común, pero él, Adnan, hijo de Mohammed, conocía todos los lugares secretos de El Cairo donde un hombre rico podría pasarlo bien: juegos de azar,

mujeres, bebida y lugares para el deleite, empapados de opio, sacados directamente de las páginas de *Las mil y una noches*.

Penrod lo sacudió hasta que el chico se quedó callado otra vez. Pensó en la forma en que este le había mostrado el reloj justo después de haberlo robado, en la manera en que, al principio, había corrido más despacio por el ancho bulvar donde Penrod podía seguirlo fácilmente, en la expresión en su rostro al inicio de la carrera, cuando miraba hacia atrás para comprobar si Penrod todavía lo seguía.

Penrod giró sobre sí y usó las dos manos para levantar a Adnan del suelo y acercó su cara a la del muchacho.

—¿Quién te pagó para robarme, Adnan?

* * *

La galería para señoras del Club Gheziera era un triunfo del diseño más elegante; unía lo mejor de la arquitectura de Europa y de Egipto para crear un Edén fresco y tranquilo en el calor de la tarde. Sirvientes vestidos con impecables caftanes blancos, bordados con hilos de oro en el cuello y las muñecas, todos con un fez de fieltro rojo, se movían entre las mesas bajas llevando bandejas de café negro amargo, teteras de plata y montículos de delicada pastelería que sería la envidia de los mejores hoteles parisinos. Para los oficiales y soldados llevaban copas con diferentes cócteles, cuajadas de gotas de condensación, y el hielo que crujía al entrechocarse. Para las damas, limonada que sabía agridulce y resultaba tan refrescante como bañarse en el agua pura de un manantial.

Lady Agatha llevó a Amber hasta un par de sofás bajos en un rincón, protegidos por las delicadas hojas de unas palmeras jóvenes. En el otro extremo de la sala, un cuarteto de cuerdas tocaba algo relajante y suave, y por debajo del murmullo de la conversación general, Amber podía escuchar la música que brotaba de la fuente central, donde una diosa de piedra vertía el agua del Nilo sin descanso en un pilón poco profundo, revestido de brillantes mosaicos color turquesa.

Mientras lady Agatha pedía por ambas, puso su pequeño bolso de mano sobre una rodilla y la observó. Amber no sabía mucho sobre

ropa, aparte de si le gustaba o no, y aunque había aprendido a peinarse con estilos muy elaborados en el harén, estos no eran los aprobados en El Cairo. De todos modos, sabía lo suficiente como para decir que el vestuario de lady Agatha era espléndido. El corte de su ceñida chaqueta de raso sugería sofisticación y modestia a la vez que destacaba las curvas y formas de su cuerpo. La ancha y larga falda era de un blanco sorprendente, y la cinta de raso más los detalles de encaje color escarlata le daban un toque original. Sin embargo, lo que era más notable en sus prendas era la forma en que lady Agatha parecía no prestarles ninguna atención. Amber no podía evitar acomodar las suyas y estirarlas todo el tiempo. El corsé le apretaba, el encaje alrededor del cuello le picaba. Estaba siempre tratando de aflojar o de ajustar una cosa u otra, pero hiciera lo que hiciese, nunca terminaba de sentirse cómoda. Poca o ninguna ayuda había recibido de su gemela, Saffron. Cuando andaba por los senderos de las tierras salvajes de África Oriental, llevaba pantalones anchos y camisas largas de su marido y, para ocasiones formales, sacaba de su baúl algún elaborado vestido de noche de su propio diseño. Estos vestidos provocaban murmullos de asombro y envidia entre todas las mujeres en la sala, pero Saffron se sentía tan cómoda con ellos como con su ropa de viaje. Pero ese estilo no le sentaba nada bien a Amber. Una vez se había probado uno de esos vestidos y cuando salió del vestidor del hotel, Saffron se había reído tanto de ella que hasta tuvo hipo. Así pues, Amber quedó condenada a las modistas de Bond Street y las guardianas de la alta costura formadas en París que movían sus agujas en el barrio europeo de El Cairo.

—Ahora podemos tener nuestra charla —dijo lady Agatha cuando el camarero les trajo la limonada, los pasteles y el té, servidos a la manera inglesa.

Durante un rato, Amber escuchó encantada. Lady Agatha conocía toda suerte de detalles interesantes de la carrera temprana de Penrod, y Amber quedó fascinada por el relato de la lucha y la retirada del desastre en El Obeid, y de la recepción que tuvo cuando regresó a El Cairo. Amber se olvidó de su ropa incómoda y de la risa sospechosa de los amigos de lady Agatha, y contó sus historias sobre Jartum,

sobre el tiempo que Penrod pasó como cautivo de Osman Atalan y las humillantes privaciones que soportó.

—Y ahora vamos a casarnos. No creo que alguien nunca haya estado más feliz que yo.

Lady Agatha inclinó la cabeza.

—¡Mi querida niña! ¡Qué romántica! —Pareció vacilar. —¿Mejor no digo nada? Oh, ojalá pudiera quedarme en silencio y dejarla disfrutar de esta felicidad.

Amber pensó de repente en la cobra con la que una vez había tropezado en los matorrales en las afueras de Jartum, cómo se había levantado y la había mirado fijamente, balanceando su hermosa cabeza de un lado a otro. Sintió el mismo miedo instintivo y enfermizo que había sentido entonces, la misma sensación de estar congelada e indefensa.

—Amber... supongo que puedo tutearte y llamarte Amber, querida, debo preguntarte: ¿estás segura de que conoces al mayor Ballantyne *tan* bien como crees conocerlo?

—Por... por supuesto que sí... —respondió Amber con un hilo de voz.

La voz de lady Agatha se convirtió en un suave ronroneo.

—*Me alegro.* Entonces no te sorprenderá nada de lo que él haya dicho y hecho. ¡Tú ya debes saberlo todo! Verás, él me contó todo en confidencia cuando estuviste en Inglaterra por la publicación de tu muy *emocionante* librito. *Por supuesto*, nada, pero nada, de lo que yo pueda decir sobre Penrod te va a sorprender, querida, pero por el bien de mi conciencia debo asegurarme de que estés al tanto de lo que me dijo sobre tu familia y sobre tu hermosa y trágica hermana mayor, en particular. Rebecca es su nombre, ¿no?

Durante los siguientes veinte minutos, Agatha habló con su encantadora y melodiosa voz mientras el mundo de Amber se derrumbaba a su alrededor. Cada palabra de aquella mujer atravesó el corazón ingenuo de Amber como una daga hecha del más fino acero de Damasco. Cuando Agatha finalmente dejó de hablar y le soltó las manos, Amber se puso de pie de inmediato. Agatha parecía un bello gato en el sofá con sus pasteles y crema, su serenidad y elegancia.

—Debo... debo irme —dijo Amber.

—Creo que es lo mejor —contestó lady Agatha sin siquiera molestarse en levantar la vista. Seguía mirando sus cuidadas uñas. Su voz sonó fría.

Amber se dio vuelta y se dirigió veloz y a ciegas hacia la puerta, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar, pero al mismo tiempo creyendo cada palabra. Tenía que escapar antes de estallar en llanto delante de toda esa gente. Casi lo logra, pero sus botitas de moda la traicionaron otra vez y resbaló en las baldosas de mármol cerca del umbral del vestíbulo. Uno de los camareros le tendió el brazo, pero llegó tarde y era torpe, de modo que ambos cayeron juntos, y la bandeja de copas vacías que llevaba en su otra mano se estrelló contra el suelo. Hasta el cuarteto de cuerdas dejó de tocar para volverse y mirarlos mientras Amber trataba de ponerse en pie.

—Lo siento, lo siento... —Apartó las manos que se extendían para ayudarla, y corrió hasta bajar los escalones y salir a la brillante luz del sol y hasta el primer carruaje a la espera. Logró decir que la llevara al Hotel Shepheard y, luego, se reclinó sobre el asiento tapizado.

Desde la galería del Club Gheziera, la flor y nata de la sociedad anglo-egipcia la vio irse, seguida por la risa ligera y musical de lady Agatha.

* * *

Cuando Penrod se enteró de que una bella dama inglesa rubia le pagó a Adnan para que le robara el reloj y lo llevara a una larga carrera de persecución, se le heló el corazón.

Soltó al muchacho y se dirigió al oscuro hueco de la escalera por donde iba a volver a la calle. Adnan recogió las monedas del suelo y lo siguió.

—¡Ella dijo que era una broma! ¿A los ingleses les gustan las bromas? —Adnan estaba practicando su inglés. La voz resonó de forma inesperada mientras bajaban por las sombras. El lugar estaba extrañamente silencioso después del ruido de la calle.

—¡Aléjate de mí! —le espetó Penrod, pero el chico se quedó cerca, saltando escalones detrás de él. Penrod llegó al pie de la escalera y salió al patio principal.

—¿No hará que me arresten? ¿Entonces usted piensa que fue una buena broma también?

La gente que había visto la persecución y el rescate desde abajo se amontonó alrededor de ellos. Adnan recibió una serie de suaves coscorrónes en la cabeza, y Penrod fue elogiado y felicitado en árabe, en inglés y en francés. Escuchó que lo llamaban guerrero, un milagro, y manos invisibles le quitaban el polvo de su uniforme, algunos le tomaban las muñecas, otros daban palmaditas en la espalda, otros lo bendecían. Penrod siguió avanzando hasta que la multitud se disolvió y se dirigió al bazar principal. No vio nada, ni oyó nada hasta que otra mano le agarró una manga. La impaciencia lo superó y levantó un puño para golpear al ofensor.

—¡Vamos, amo, sea bueno con Yakub!

Penrod bajó el brazo. Su visión se aclaró un poco y se dio cuenta de que estaba mirando a la cara a un viejo amigo y aliado. Yakub lo había guiado por el desierto hasta Jartum y había arriesgado su vida para ayudar a Penrod a escapar de la esclavitud de Osman Atalan. Penrod logró hacer un gesto de saludo. Yakub lo observó y frunció el ceño, luego volvió su atención a Adnan, que todavía seguía trotando al lado de Penrod. Al parecer, la noticia de la persecución ya había llegado a los oídos de Yakub.

—¿Le robaste a Ababdan Riji? ¿Estás loco, renacuajo?

¿Por qué crees que lo llamamos «El que nunca vuelve atrás»?

—Nadie me dijo su nombre —explicó Adnan en tono sombrío.

—¿Qué debo hacer con él, amo? —preguntó Yakub—. ¿Lo arrojo al río? ¿Hago que lo encierren en la cárcel? Si los otros ladrones no se lo comen, se lo comerán las cucarachas.

—Consíguele un trabajo honesto, si puede hacerlo —respondió Penrod. Su voz sonaba quebrada y hueca—. Y ahora déjenme solo. Los dos.

Los tenderos a lo largo del estrecho camino levantaban sus tazas en dirección a él, pero Penrod los ignoró a todos. Apartó a un lado los

rollos de seda que le ofrecían y pensó en cambio en la última noche que había pasado con lady Agatha. Hacía apenas un mes, mientras Amber todavía estaba en Inglaterra. Agatha había sugerido que fumaran opio juntos, y él, un tanto adormecido después del hacer el amor, estuvo de acuerdo. Había sido hermoso verla con sus pesados pechos blancos balanceándose libres bajo la bata de seda mientras preparaba cuidadosamente la droga, una bolita marrón que burbujeaba en la cazoleta de la pipa. Él pensaba que se exageraban los efectos de esa droga, aunque le produjo una agradable neblina e introdujo una nota de mayor lentitud y sensualidad a las caricias que se prodigaban. Era más fácil ir lento, saborear el cuerpo pleno y maduro de ella bajo esa influencia. Y entonces... ¿Qué pasó entonces? Se recostaron juntos en la fresca sombra, bebieron un buen brandy añejo y él le contó sus aventuras en Jartum, cómo sedujo a la hija mayor de David Benbrook, Rebecca, y le quitó su virginidad con la facilidad con que uno arranca un higo maduro en una higuera al borde del camino. Le contó a Agatha que cuando se dio cuenta de que Rebecca también había hecho el amor con Ryder Courtney, decidió que no tenía ninguna obligación con ella. Desde entonces, por supuesto, Rebecca se había convertido en la puta del propio Mahdi y luego, después de la muerte de este, del enemigo mortal de Penrod, Osman Atalan. ¿Había usado esa palabra, *puta*? Sí, la había usado.

Caminó de regreso por el bulevar hacia el barrio Zamalek y el Club Gheziera en la isla en medio del Nilo, pero las vistas y los ruidos le eran ajenos. Solo podía pensar en aquella noche que había hablado con lady Agatha y le había contado todo. ¡Qué tonto había sido! Sabía que lady Agatha era una serpiente envidiosa, pero la droga le había soltado la lengua sin remedio. Penrod comprendía que Rebecca había desempeñado el papel de concubina para salvar la vida de su hermana y la suya propia, pero no le había explicado eso a lady Agatha. No. En cambio, le había dicho:

—Osman Atalan puede tener la puta, y yo tomaré a la novia virgen.

Tenía la boca seca. ¿Acaso lady Agatha se había estremecido cuando él había dicho eso? Quizás. Era posible que Agatha todavía esperara

ser la esposa de Penrod hasta que pronunció ese comentario fatal. Poco después, Amber regresó a El Cairo para celebrar su cumpleaños junto con su melliza. Estaba exultante por el éxito de su libro, por ser rica de repente y por derecho propio y por estar tan obviamente enamorada de él. Ya habían anunciado su compromiso. Penrod no había hecho ningún esfuerzo por avisarle antes a Agatha.

Estaba ya casi en el club. Llevaba el reloj rescatado en la mano cerrada. El oro estaba frío al tacto. Conocía la inscripción sin tener que mirarla: «Para Penrod, siempre, Amber». Una declaración tímida y sencilla. Quizá lady Agatha no había querido decirle nada ofensivo a Amber, tal vez ella solo había sentido curiosidad. Tal vez las iba a encontrar a ambas hablando de modas y de los preparativos de la boda, y el único castigo por sus indiscreciones sería aquella mirada astuta y sensual de su examante. Comenzó a caminar más rápido, y esa llamita de esperanza trató de cobrar vida, a pesar de que sabía que era falsa.